

SEMINARIO

CONCILIAI DE MADRID

Nº74



*“En tu misericordia,
confiar y servir”*

Director: Pablo Herrera.

Consejo de redacción: Guillermo Díez, Jacobo Espinós, Álvaro Gangoso, José María González, Eduardo Gutiérrez de Cabiedes, José Ríos y Álvaro Solé.

Colaboradores: Guillermo Ara, José Luis Calcasola, Jaime Echanove, Alberto del Olmo y Alberto Ramírez.

Fotografía: Alfonso Blanco y Archimadrid.

Correctores: Álvaro Simón Marco y Jacobo Vázquez.

Diseño, maquetación e impresión: Image Print.

Edición: Seminario Conciliar de Madrid

San Buenaventura, 9. 28005 Madrid

Tel: 91-364-49-00 Fax: 91-364-28-82

Depósito Legal: M-40915-1995

SEMINARIO

CONCILIAR DE MADRID

In Misericordia tua, confidere et servire

Así reza el lema episcopal de nuestro nuevo cardenal-arzobispo de Madrid, don José Cobo. Desde el Seminario Conciliar de Madrid, le damos nuestra más calurosa bienvenida y acogemos con alegría su nombramiento.

En la misa de toma de posesión, don José nos invitaba *"no solo a ser Iglesia, sino a amar estar en esta Iglesia. Se trata de amarla no por lo que queremos que sea, sino por lo que es"*. Se nos invita a **confiar en la Iglesia**, pero con una confianza que nace de un amor sin condiciones. Como amamos a la Iglesia, que es nuestra Madre, confiamos en ella.

En esta misma homilía, nos impulsaba a permanecer *"siempre atentos a quienes quedan descartados al borde del camino"*. Todos los cristianos y nosotros, como futuros sacerdotes, estamos llamados a la santidad, que se concreta en el **servicio a los que lo necesitan**. Y para ello no es imprescindible irse a la otra punta del mundo (aunque es realmente valioso), sino que tenemos en nuestro entorno más cercano muchas personas que tienen necesidades.

El mundo de hoy, en palabras de nuestro obispo, tiene *"sed de sentido y de vida plena"*, y aquí los cristianos tenemos mucho que decir. La JMJ ha sido una excelente prueba de ello: una multitud de jóvenes de todo el mundo dispuestos a **irradiar su alegría al mundo**. Una alegría que nace de un encuentro con Cristo que cambia la vida y la llena de sentido.

Como dice el papa Francisco en la exhortación apostólica *C'est la confiance*: *"Es la confianza la que nos sostiene cada día y la que nos mantendrá de pie ante la mirada del Señor cuando nos llame junto a Él"*. Es la confianza en Él y en su Iglesia la que nos sostendrá cuando el Señor nos pregunte si hemos servido a nuestros hermanos: *"Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme"* (Mt 25, 35-36).

Por eso, desde el Seminario de Madrid esperamos que estas dos palabras, confiar y servir, sean el timón que dirija la vida de todos los cristianos en este nuevo curso que comienza, en el camino de la santidad a la que todos estamos llamados.



Sumario

2. EDITORIAL

In Misericordia tua,
confidere et servire

3. LA VOZ DEL RECTOR

Abriéndonos a un nuevo
comienzo

4. CRÓNICA

Maestro, hemos estado
bregando toda la noche y
no hemos recogido nada;

pero, por tu palabra, echaré
las redes

5. ACTUALIDAD EN IMÁGENES

6. ENTREVISTA

D. José Cobo, cardenal
arzobispo de Madrid

8. TESTIMONIOS

10. VIDA ESPIRITUAL

Don y sufrimiento

12. SEMINARIO MENOR

Somos uno

13. CRÓNICA

Católico significa universal

14. ENTREVISTA

Miguel Moreno,
neopresbítero

15. AGRADECIMIENTOS

¡Gracias, don Carlos!

16. CONTRAPORTADA



“Abriéndonos a un nuevo comienzo”

Iniciamos un nuevo curso, agradecidos y reconociendo que el Señor es fiel, que sigue cuidándonos con gran paciencia y misericordia.

El tiempo de verano es siempre muy enriquecedor, donde muchas de las experiencias pastorales, misioneras, apostólicas que viven los seminaristas, les permiten reconocer la entrega y generosidad que se vive en el seno de la Iglesia, la compasión de Jesucristo por su Pueblo, donde la vocación sacerdotal está llamada a ser un signo más de esta cercanía de Dios por los hombres.



Sin duda, que vivir la Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa ha sido un gran impulso para ponernos en camino, como rezaba el lema de este año: “María se levantó y partió sin demora”. Así también nosotros, animados por el Señor, en la comunión de la Iglesia presididos por el Papa, aprendiendo de María, hemos iniciado este curso. Desde este país vecino, nos indicaba el Papa un camino a seguir: “Navegar mar adentro. ¡No sean pusilánimes!... Llevar adelante juntos la pastoral, todos juntos... Ser pescadores de hombres. No tengan miedo.” (Papa Francisco, *vísperas con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, seminaristas y agentes de pastoral. Monasterio de los Jerónimos, 2 Agosto 2023*).

Tres decisiones, que nos comprometen a seguir respondiendo con ilusión a la llamada del Maestro.

El Señor, Esposo de la Iglesia, nos ha bendecido con un nuevo Pastor, al que hemos acogido con gozo y gratitud, nuestro Arzobispo D. José Cobo Cano. Su presencia y enseñanza entre nosotros, nos han alentado a vivir nuestra vocación con alegría. Como él nos pide al comienzo de este curso, “Abriéndonos a un nuevo comienzo”, “... redescubrir la vocación a la que hemos sido convocados y renovar nuestro puesto en el proyecto de Dios sobre esta Iglesia concreta que camina en Madrid”. ¡Gracias D. José! Contamos con su ayuda y cuenta también usted con nuestra oración y compañía.

A lo largo de estos primeros meses, hemos podido dar gracias a Dios por la vida y el ministerio episcopal de D. Carlos Osoro entre nosotros. Durante estos nueve años de Arzobispo de Madrid, hemos experimentado su solicitud pastoral y entrega por nuestro seminario de múltiples maneras. ¡Gracias D. Carlos por su afecto y cercanía! Pedimos al Buen Pastor que siga sosteniendo su vida y ministerio en esta nueva etapa que ha comenzado.



“Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes”

Muchos estarían de acuerdo en que la vida son etapas. Y las hay de todo tipo y color. Unas están más definidas: el inicio de la vida, la juventud o la ancianidad. Hay otras que te marcan: el colegio, el momento en que decides estudiar una carrera o emprender un proyecto laboral. También hay otras más profundas: el inicio de un noviazgo, el final de una amistad, emprender un viaje interior para conocerte y preguntarte qué haces aquí...

Aquí en el seminario también hay etapas. La primera, **la etapa propedéutica**, se parece a cuando te salta un testigo en el cuadro de mando de tu coche. Inquieto, decides parar, abrir el capó e intentas conocer a fondo qué hay. De repente descubres que hay mucha cosa que arreglar, mucho cable suelto, y a la vez que tu destino está muy lejos. Te dices a ti mismo: “Esto es imposible, técnicamente mi coche no puede llegar”. **Te paras, respiras y decides confiar en Aquel que un día te dijo en lo más profundo de tu corazón: “Sígueme”**. Te subes al coche, arrancas y después de un tiempo, te das cuenta de que ya no hay testigo y sientes que el coche va solo.

Pues esa es un poco la experiencia al pasar a la etapa discipular. Ves cómo el Señor ha arreglado cosas, que tú veías como imposibles, sin saber cómo. Sólo has decidido confiar en Él y en su Iglesia. **Al reconocer este paso de Dios en tu vida aprendes que mejor que decir “Llevo yo el coche” es mejor decir “Llévalo Tú” y mejor que decir “Lo hago yo” es mejor decir “Hágase en mí”**.

Esta es mi experiencia y la del resto de compañeros de seminario. Compañeros de camino que te da el Señor y que te acogen en la nueva casa como uno más. Te sientes en casa, caminando en familia. También les ves como hermanos mayores, que van más adelante en este camino concreto de seguimiento al Señor. Esto te hace volver a reconocer que **por el amor de Dios merece la pena dejar toda barca**.

Así que volvemos a empezar otra etapa, sabiendo que Él es el verdadero mecánico. Y qué mejor forma de empezar que haciendo ejercicios espirituales ignacianos. Tuvimos la suerte de hacerlos en Ávila, cerca del monasterio de la Encarnación, en el que ingresó la joven Santa Teresa de Jesús y que visitamos al terminar estos. Se respiraba santidad. Esto te hace cuestionarte cómo vives y cómo quieres vivir, porque como escribe **Leon Bloy: “No hay sino una tristeza, la de no ser santos”**. Pues eso, a ser santos.



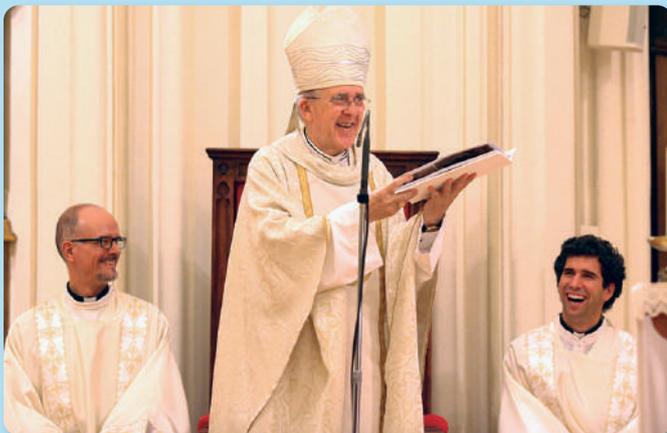
Los seminaristas de primero en los ejercicios



Ordenación de presbíteros



Ordenación de diáconos



Misa de despedida de don Carlos Osoro



Misa de bienvenida de don José Cobo



Encuentro ecuménico con Bartolomé I Patriarca de Constantinopla



Solemnidad de Nuestra Señora de la Almudena



“Hoy más que nunca hay que tener una espiritualidad sumamente creativa”

La Iglesia de Madrid recibió con gran alegría el nombramiento de don José Cobo Cano como su nuevo Cardenal-Arzobispo. En esta entrevista nos recibe para conocerle un poco más y responder a las preguntas de los seminaristas.

En su toma de posesión habló de sus orígenes familiares, concretamente, de sus padres Agustín y Pauli que se trasladaron desde Sabiote (Jaén) hasta Madrid para trabajar. ¿Podría compartirnos algún recuerdo de su infancia? ¿Qué importancia tuvo y sigue teniendo su familia en su vivencia de la fe?

Cuando llegué a Madrid tenía unos siete-ocho años, por tanto, gran parte de los recuerdos de mi infancia son de aquí. Sin embargo, siempre he mantenido una relación muy cercana con mi pueblo y su gente. Por eso, para mí la familia no es algo pequeño o reducido, sino todo lo contrario, algo muy grande; mis tíos, las amigas de mi madre, las amistades de mi padre, el barrio... tanto en el pueblo como en Madrid, lo que me permitió crecer en un ambiente donde la fe era vivida como algo normalizado, y, esto fue fundamental para que en mí surgiera la pregunta fundamental de mi vida.

Tras finalizar su licenciatura en Derecho, entró con 23 años en el Seminario de Madrid. ¿Cómo recuerda su llamada al sacerdocio? ¿Qué supuso para su formación los años en el Seminario?

Mi proceso vocacional fue muy normal, una evolución natural desde la experiencia de fe vivida en la parroquia hasta mis años en la universidad. Trabajar en distintos proyectos sociales, en Usera, mi propio ambiente familiar... favoreció que se despertara en mi interior una pregunta: ¿Qué espera Dios de mí? Al ver tanta necesidad a mi alrededor, la perspectiva de pensar únicamente en mí y en lo que yo quería ser fue cambiando. Descubrí que Dios me estaba pidiendo dar un salto importante: entrar en el seminario.

Comencé mi formación en la comunidad que el Seminario tenía en la Parroquia de Ntra. Sra. de

la Misericordia, años que recuerdo con especial cariño, que dieron un impulso muy grande a mi vocación. Vivir en una parroquia suponía estar disponible a que te llamasen a cualquier hora, adaptarse a otro ritmo, lo que me permitió descubrir la presencia de Dios en lugares y personas reales. La llamada se concretaba de una manera muy verdadera. Posteriormente, la formación continuaba en el propio Seminario, un tiempo de inmersión en la realidad del ser sacerdotal, de entender su espiritualidad, la vida comunitaria... la referencia a los otros fue y sigue siendo fundamental, porque me ayudó a comprender que yo no soy el último que discierne, sino que los compañeros, sean presbíteros o laicos, tienen también algo que decir.

El próximo 23 de abril se cumplirán 30 años desde su ordenación sacerdotal. ¿Qué nos podría decir de estos años sirviendo al Pueblo de Dios? ¿Cuáles han sido sus mayores alegrías?

En estos treinta años he disfrutado mucho de mi ministerio, no porque todo me haya ido bien, sino porque el Señor ha sacado de mí lo que en cada momento era lo mejor. El cura cuando sale del seminario tiene la caja de herramientas, pero nada más. El sacerdote se tiene que ir dejando hacer por la gente, año tras año. Las comunidades por donde he pasado me han enseñado a ser cura, porque el servidor es el que se deja configurar por el Pueblo de Dios.

Estar en las Hermandades del Trabajo me ayudó a aprender lo que es la obediencia, entender que el plan no se lo hace uno mismo, sino la Iglesia. También recuerdo los años en San Alfonso María de Ligorio, donde empezamos prácticamente desde cero, y en eso ayudó mucho la comunidad, que viera y decidiera lo que Dios estaba pidiendo en ese momento. El buen ambiente de trabajo



con otras parroquias y comunidades de vida religiosa me permitió entender que no somos cápsulas, es decir, que si una parroquia funciona muy bien y la de al lado funciona mal, hay algo que revisar. Por eso, hay que aprender a ser pastor y no director, y ahí influye mucho la misma forma de rezar. A mí me ayudó mucho en los años del seminario orar con fotos, ir viendo las caras que Dios iba poniendo en mi día a día. Eso te da una capacidad de conversión muy grande, entender que la vida es lo que Dios va disponiendo en cada momento.

En el encuentro que tuvo con los seminaristas en septiembre afirmó que era necesario asumir nuevos retos en la diócesis, ¿qué espera de los futuros sacerdotes que trabajarán en un ambiente tan distinto al de hace años?

En estos momentos tenéis un reto apasionante, porque la sociedad y la cultura han cambiado mucho. Hoy más que nunca hay que tener una espiritualidad sumamente creativa, es decir, trabajar con dos ejes: el Espíritu y los compañeros. Nuestra respuesta debe cambiar. Ya sabemos lo que no funciona, no podemos esperar a que la gente venga, tenemos que salir a por ellos. ¿Cómo hacer ese cambio? Entre todos, hay que pensar en un trabajo más diocesano, no podemos ser una diócesis de cuatrocientas y pico islas, tenemos que ser más misioneros. Es tiempo de

una espiritualidad seria, no de refugio o de Arca de Noé, tenemos que dar respuesta a lo que Dios nos está pidiendo como Iglesia.

Os preparáis para ser misioneros capaces de crear comunidades que transmitan una presencia cristiana en los barrios. En este reto al que os enfrentáis, a mí me toca acompañaros, tenemos que ir discerniendo juntos. Por eso, lo único que os pido es que le deis un cheque en blanco a Dios y a la Iglesia.

Por último, ¿qué palabras le gustaría compartir con nuestros benefactores y con todos aquellos que sostiene con su oración nuestro Seminario?

Más que decirles algo, me gustaría leer el paso de Dios por ellos, porque con su interés y su acercamiento al Seminario nos están diciendo que en la Iglesia vamos todos a una, esto es una acción de todos. Agradezco enormemente que se sientan partícipes de la vida de la Iglesia apoyando al Seminario. Nos enseñan la experiencia de depender unos de los otros: el Seminario depende de la oración de la diócesis, y la diócesis depende de la oración del Seminario. Les felicito por ser parte de esta cadena de dependencias, ayudándonos a descubrir la diocesaneidad, el pertenecer a una familia más grande. Todos formamos parte del Seminario, el Seminario es parte de todos.



Testimonios de verano

Misión en Panamá

Alberto del Olmo, seminarista de 5°

Acabado el tiempo de verano, y con la vuelta al seminario, recuerdo mi experiencia en Panamá con cariño. Del tiempo que he pasado allí (cuarenta días) me llevo fundamentalmente dos experiencias que marcan mi vocación hoy: la catolicidad de la Iglesia y la belleza del sacerdocio.

Nunca hasta este verano había cruzado “el charco”, y antes de hacerlo no sabía con qué me iba a encontrar. Sin embargo, el Señor no solo me acompaña en mis caminos, sino que me espera allí donde voy cuando me dejo llevar por Él. Así lo he visto en el tiempo de misión. En la diócesis de Colón me he encontrado con una Iglesia muy distinta a la de Madrid en sus formas, expresiones y tareas concretas, pero que me ha recibido como un hermano más, como un verdadero hijo de Dios. Los miembros de las comunidades en que estuve y, sobre todo Carlos, el sacerdote con el que fui, me acogieron, sin conocerme, de una forma asombrosa. Y yo doy gracias por esta Iglesia católica, universal, diversa y única, en la que me siento y me sé hijo.

Misión en Washington D.C.

José Luis Calcasola, seminarista de 3°

Mi experiencia en Washington D.C. con las Misioneras de la Caridad la considero como unos ejercicios espirituales de contemplación en la acción.

Fueron treinta días de ir descubriendo progresivamente el rostro de Cristo en el cuidado de los residentes, en las Misioneras y en los voluntarios.

En la primera semana aprendí a hacer labores de cuidador personal, a duchar a los enfermos, a darles de comer, acostar, levantar, asear...

Poco a poco pude ir entablando conversaciones con los más lúcidos y escuchar atentamente las vidas de pobreza material y espiritual que habían tenido junto con sus conversiones. Las Misioneras les habían devuelto la dignidad como personas a todos ayudándoles desde la caridad evangélica.



El trabajo que llevé a cabo allí consistía en llevar el Santísimo a comunidades que prácticamente no tienen posibilidad de celebrar los sacramentos durante el año. Celebraba la liturgia de la Palabra, visitaba a las familias, las escuelas y a los enfermos. Y daba alguna catequesis. Ha sido una labor muy “sacerdotal”, que a mí me ha servido para redescubrir mi amor por el ministerio, a veces empañado por preocupaciones, miedos o rutinas. Quizás los motivos que me llevaron a Panamá no coincidían con la imagen que yo tenía de mi camino, pero Dios vence las imágenes de la vida con la promesa de una vida inimaginable.

Dijo un residente en el día de su cumpleaños: “It’s good to be known”. Es decir, es bueno saberme querido, que existo, que soy alguien para los demás, que le importa a alguien mi existencia.

Ha sido un verdadero regalo saberme un pobre más entre los favoritos del Padre. Porque ahí no tenía que aparentar nada, éramos todos tratados igual ante el amor de Dios. Había una caridad armónica entre voluntarios, Misioneras y residentes, marcada por la presencia Eucarística y la Virgen María.





JMJ Lisboa

Guillermo Díez, seminarista de 3º

Quien haya dicho que hoy en día somos pocos cristianos es porque no ha estado en la JMJ. En Lisboa, se reunió más de un millón y medio de personas de todo el mundo, la mayoría jóvenes españoles, donde se presenció una sed universal de lo divino, un anhelo profundo por algo más grande. Cristo se reveló como la respuesta a esta sed.

En medio de esa abarrotada multitud, mi compañero Joe y yo fuimos enviados a la Parroquia de las Nieves, donde, junto al Padre Javier, el Padre Miguel y el Padre Osorio, embarcamos en una emocionante odisea al lado de doscientos veintiséis jóvenes. Vivimos días intensos y apasionados, llenos de caminatas inacabables, noches en sueños duros, voluntariado y enriquecedoras excursiones culturales. Compartimos conocimientos y experiencias sobre la fe, respondiendo a las desafiantes preguntas de los jóvenes y tuvimos el privilegio de encontrarnos con el Papa. A pesar del agotamiento, estos días quedarán grabados en la memoria de muchos jóvenes. Estoy agradecido

Ejercicios espirituales en Loyola

Alberto Ramírez, seminarista de 6º



Si tuviese que definir qué son los Ejercicios Espirituales diría lo siguiente: una experiencia de un mes de estar a solas con Dios en una habitación aislada, solos Él y yo, en silencio, para que Él me pueda hablar.

Estuve en Loyola, durante todo el mes de julio, en la cuna natal de san Ignacio, donde Jesús empezó a transformarle su existencia. Vivir y rezar los

por estos encuentros que despertaron el deseo de abrazar la promesa del amor infinito de un Dios que nos llama y nos ama.

El Papa Francisco lo explicó muy bien al comienzo del evento: "Jesús no señala con el dedo, sino que abre sus brazos. Nos abraza a todos. Jesús no cierra la puerta, sino que te invita a entrar. Jesús recibe, Jesús acoge. En estos días cada uno de nosotros transmite el lenguaje de amor de Jesús. Dios te ama, Dios te llama, quiere que estés cerca de Él".



EE ha supuesto en mi vida una concreción de ser criatura necesitada de Dios, de que todo viene de Él y va a Él. El transcurso de las cuatro semanas ignacianas me permitió poder entrar en mi vida, en mi interior, en mi historia... para descubrir cómo el Señor ha ido también transformando cada parte de mi ser, permitiéndome descubrir las grandes obras que quiere hacer conmigo. Lo esencial de los EE, además, es la libertad que se me descubre, pues Dios no va a hacer nada si yo no quiero, y me presenta el camino para que yo lo tome.

La experiencia de los EE realmente ha sido de lo más revelador y especial de mi trascurso en el Seminario; y, al acabar el 5º curso, ha supuesto justo lo que necesitaba en estos momentos. Durante los EE he aprendido a rezar, a relacionarme de una manera más especial con Dios, a poner en juego mi vida en cada momento para poder elegirle siempre a Él, a tener presente por quién quiero dar la vida, a aprender de la vida contemplativa para hacerla misión... En definitiva, los EE han sido de los mayores regalos que me ha podido dar, por medio de la Iglesia, para encontrarme con ese Amor verdadero que me llama a ser Suyo, a ser sacerdote, para entregarme por el pueblo, como Él hizo ya por mí.



Don y sufrimiento

Todos nos hemos visto alguna vez en situaciones complicadas que nos sobrepasan, incomprendidos, situaciones dolorosas que se declaran encrucijadas sin salida. Es entonces cuando nuestra vida encarna los capítulos más oscuros de su drama. Como protagonista de esa novela, te has visto implicado en una aventura que busca resolver misterios, solventar problemas y vencer dificultades, movido por la esperanza de sacar a la luz los engaños y las trampas. Sueñas con hacer justicia apostando por un prometedor desenlace donde todas las luchas anteriores cobrarán su sentido. Sólo al llegar a la meta, la misión asumida se desvelará como el más idóneo de los caminos para alcanzar tu destino. Lo que parecía imposible, será un éxito: aquel dolor, aquel sudor, esos llantos y desvelos, la sangre y los gritos tuvieron su sentido. ¡Sufrir valió la pena! —te dirás desde la cima—, pero eso sólo sucederá si aprendiste a amar la montaña. En esta línea se pronuncia Albert Camus: «**Es necesario amar la vida antes de amar su sentido**, dijo Dostoievski. Sí, y cuando el amor a la vida desaparece ningún sentido nos consuela.» (*Cuaderno VI*)

¿Pero por qué tanto sufrimiento en el recorrido, tanto dolor? Lo cierto es que aún no hemos llegado al desenlace de la trama y seguimos inmersos en el campo de batalla. **¿Es la esperanza de una meta triunfante lo único que da sentido al sufrimiento de hoy?** ¿Qué broma es esta? ¿Dónde está el don? ¿Es compatible ver todo como un don cuando existe tanto padecimiento?

No tengo respuesta. Quizás la mirada del Narrador nos dé una pista si buscamos el paradójico *don del sufrimiento* en su mirada, que ve la obra completa y la asume por entero. Este dolor no estaba en el plan —dice con lamento—, eras «inco-rruptible, a imagen de mi propio ser; por envidia del diablo entró la muerte en el mundo...» (*cf. Sab.2,23-24*). Este Narrador no asegura evitar el dolor, pero sí acompañarme. Contaría santa Teresa en la *novela de su vida*: «Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán que se puso primero en el padecer, todo se puede sufrir» (*V 22,6*).

¡Qué extraña manera de unir Cielo y Tierra —don y dolor— la de nuestro Dios! ¡Un dolor que sólo

encuentra transformación en Él! Y es que la mayor belleza, **el mayor don, lo hemos encontrado en el mayor dolor**. No en el dolor mismo, sino en la aceptación amorosa de este. Así se hace patente en esos crucificados a los que arrojan pétalos de rosas y adornan con marchas reales. Se revela que la belleza salvará el mundo en esta historia, pero solo la mirada que la busque la encontrará. Sólo quien acepta el sufrimiento se hace un espejo de la gloria —de la belleza— del Señor, y nos vamos transformando en su misma imagen con resplandor creciente, por la acción del Espíritu del Señor (*cf. 2Cor.3,18*).

Me atrevo a afirmar que **no existe don sin sufrimiento**. Este se nos presenta como medio inevitable del mayor gozo, como condición necesaria para el amor. ¿Cómo hace este *despiadado* Narrador del sufrimiento un don? Tal vez el camino sea el amor que asume cualquier sufrimiento.

Nos hemos enterado de que este Narrador protagonizó en algún momento la misma trama en la que nos encontramos ahora, sabe de lo que habla. Asumió el sufrimiento y el dolor de ayer formó parte de la alegría de hoy, a la vez que **el dolor de hoy forma parte de la alegría de mañana**. Platón puede ayudarnos: «¡Qué cosa extraña, amigos, parece ser eso que los hombres llaman placer! Qué admirablemente está rela-





cionado con aquello que parece ser su opuesto: el dolor; en cuanto que no acontecen al mismo hombre al mismo tiempo, y sin embargo el que persigue uno y lo encuentra, ¡estará también obligado a aceptar el otro como si estuvieran unidos en un punto común!» (*Fedón 60b*).

Parece que en ocasiones hay que morir un poco y llorar otro tanto para alcanzar la meta y recibir la vida. Opino que más bien hay que romperse muchas veces, hasta que solo quede mi yo más profundo, desnudo a la intemperie. Solo ahí podré encontrarme en la mirada de mi Narrador, que despojado y desnudo abraza mi sufrimiento con sus brazos en cruz. Hasta que solo sea una mi esperanza: mi Narrador.

Allá donde el mismo Dios lloró, ahí donde asumió el fracaso, ahí es donde mi llanto se hace vida y no dolor, ¡aunque duela! Es ahí, en el sufrimiento, donde lágrimas ciertas emergen de lo más hondo del pozo de mi corazón. Solo esas lágrimas son las que riegan los caminos de la vida y hacen posible amar el dolor porque conviene. No porque sea apetecible o buscado, sino que, porque amo el fin y el sentido, amo también las lágrimas del camino, ¡porque **hay alguien que llora conmigo!** Como le pasó a Pedro, a María Magdalena, a María... Así, las lágrimas son la señal de que me acerco a los límites de una región misteriosa (*Isaac el sirio, I colección 14*) con una promesa: que este Narrador enjugará las lágrimas de mis ojos y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto, ni dolor, porque lo primero habrá desaparecido (*cf. Ap 21,4*).

Quizás «aquellos que llevamos una vida más o menos sin necesidades no sabemos llorar. Ciertas realidades de la vida solamente se ven con los ojos limpios por las lágrimas. [...] **¿Yo aprendí a llorar?** [...] Si no te sale, ruega al Señor que te conceda derramar lágrimas por el sufrimiento de otros. Cuando sepas llorar, entonces sí serás capaz de hacer algo de corazón por los demás.» (*Christus Vivit, 76*).

«Recemos a la Virgen para que nos dé a nosotros y a la humanidad, que lo necesita, el don de las lágrimas, que nosotros podamos llorar: por nuestros pecados y por tantas calamidades que hacen sufrir al pueblo de Dios y a los hijos de Dios.» (*Papa Francisco. El don de las lágrimas*)

A ti, que sufres.



Somos uno



La comunidad del Seminario Menor en Lourdes

En nuestro mundo hay guerra, pobreza material y espiritual, sufrimiento. Y Dios para muchos está ausente. Inevitablemente vienen a la mente los titulares de estas últimas semanas sobre la guerra palestino-israelí y también la de Ucrania y Rusia. En todos estos países en guerra hay niños y jóvenes adolescentes que, de muy diversas maneras, afrontan la realidad que les toca vivir, en la que el sufrimiento está dolorosamente patente.

Aquí en España también hay muchos niños y jóvenes adolescentes con situaciones muy variadas, en las que también el sufrimiento está presente. Y algunos de ellos creen en Dios. Creen en un Dios que salva y que camina al lado de los hombres, especialmente de los que sufren. De entre ellos, en el Seminario Menor de Madrid hay un pequeño grupo de chavales que, además, quiere cuidar su relación con Él, crecer en intimidad con Jesús, con el propósito firme de que sea Él quien guíe sus pasos. Ellos no son indiferentes a

lo que pasa en el mundo. Porque los cristianos, como nos dice Jesús en el Evangelio, somos sal. Y somos sal porque somos pocos, y no pasa nada porque seamos pocos.

Este fuerte contraste entre lo que se vive en el mundo y leemos en la prensa frente a lo que estos chicos del Seminario Menor viven se hizo especialmente patente el pasado fin de semana. Mientras que el conflicto palestino-israelí parece que va a escalar con una tensión internacional en aumento, varios chicos del Seminario Menor estuvieron de viaje en San Sebastián y en Lourdes. Y desde allí no fueron nada indiferentes a lo que está pasando en la otra punta del mundo.

El viernes fue la llegada a San Sebastián: baño en el mar para refrescar las ideas y paseo por la playa de la Concha a la luz de la luna. El sábado comenzó con el viaje a Lourdes, para pasar un día entero de la mano de la Virgen y de santa Bernardita, con largos ratos de oración, misa con la Hospitalidad de Lourdes, visita a las piscinas y momentos de convivencia, de risas y de sonrisas. El día terminó con un buen chaparrón de agua que provocó una vuelta anticipada al Seminario de San Sebastián, lugar en el que hemos estado alojados, con una acogida también digna de mención: ¡Sí! Nuestra Iglesia es madre, es nuestra madre. El domingo fue el viaje de vuelta a Madrid, con una parada en Iesu Communio, uno de esos lugares en los que se puede intuir con más o menos lucidez lo poderosa que es la oración y lo necesaria que es para este mundo en guerra.

Efectivamente, hay un gran contraste entre este maravilloso fin de semana en San Sebastián y Lourdes y el que se vivió en la franja de Gaza y en Israel, en Rusia y en Ucrania, y en tantos lugares del mundo en los que el fin de semana ha sido tan diferente. Pero, ¿hay alguna conexión entre estas realidades? Este fin de semana hemos podido presentarle a Dios nuestra oración por todos nuestros hermanos que sufren en este mundo en guerra. Y queremos hacerlo cada día, porque la oración es poderosa. Y la vida cotidiana entregada en los pequeños detalles también es poderosa. Y quizá es lo que, por lo menos, Dios nos pide a cada uno. Poner amor, su amor, en nuestro día a día.



Católico significa universal

La Iglesia católica reúne a un millón y medio de jóvenes en Portugal. ¿Pero no era que ahora no se lleva ser cristiano? ¿Y entonces, qué ha pasado? “¡Esta es la juventud del Papa!” cantaba la multitud en Lisboa.

Lo que ha pasado es que ha habido un “encuentro con un acontecimiento, con una Persona”, un encuentro de la Iglesia universal -la palabra católica viene del griego “katholikón”, que significa universal. Muchos hemos ido este verano a ver a nuestro querido Papa Francisco, el sucesor de Pedro, el que garantiza la fe de la Iglesia «una» y «católica». Esto es lo que ha pasado. Y después de mucha espera, después del esfuerzo por llegar, por fin le escuchamos en la ceremonia de acogida. El Papa empezó a hablar con muchísima fuerza y nos dijo: «Ustedes no están aquí por casualidad. (...) Ninguno de nosotros es cristiano por casualidad, todos fuimos llamados por nuestro nombre». Estábamos allí respondiendo a una llamada.

“La contemporaneidad de Cristo respecto al hombre de cada época se realiza en el cuerpo vivo de la Iglesia” decía Juan Pablo II. ¡Cristo vivo se ha hecho presente en medio de su Iglesia! Y en esta Iglesia, como nos dijo el Papa Francisco, en la que “ninguno sobra. Ninguno está de más. Hay espacio para todos. Así como somos. Todos. Todos.” Dios nos llama por nuestro nombre, y somos amados como somos. Esta es la llamada a la que hemos respondido.

Frente al pesimismo o la tristeza porque la Iglesia decae, la realidad que se ha vivido en Lisboa es otra cosa. Lo que se respiraba era mucha alegría y esperanza. “¡Esta es la juventud del Papa!” Jóvenes de todas partes del mundo respondiendo a la llamada de la Iglesia, que es la llamada del Espíritu Santo ¡No es casualidad! El Espíritu es el que ha permitido que hagamos la misma experiencia que hicieron los discípulos cuando vieron al Resucitado, que «se llenaron de alegría al ver al Señor» (Jn 20, 20). Y, como dijo el Papa, esta experiencia es para todos. Y es que todos quedamos conmovidos, en silencio, en la adoración de la vigilia. El Señor en la Eucaristía nos llenó de



silencio, y rezamos todos juntos como un único Cuerpo.

Después de meses ahorrando para financiar la peregrinación, de vender de todo a la puerta de la parroquia, después del sol, del hambre y del cansancio, pudimos hacer como la Virgen María, que «se levantó y se puso en camino» (Lc 1, 39). Y así es como Cristo ha tomado cuerpo, casi sin darnos cuenta. Se ha encarnado en el rostro de las personas y, aunque al principio nuestros ojos “no eran capaces de reconocerlo” (Lc 24, 16), luego nos hemos dado cuenta de que Alguien más caminaba con nosotros. Como les pasó a los de Emaús. ¿Qué ha pasado? ¿Acaso “no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino”? (Lc 24, 32).

En la JMJ nos hemos reunido como Iglesia universal, y ahora el camino continúa en nuestra Iglesia particular, en mi grupo de parroquia o en mi movimiento. Y así, “¡esta es la juventud del Papa!” volvió a gritar la multitud en la plaza de la Almudena de Madrid el día que nos volvimos a encontrar los jóvenes que habíamos estado en la JMJ.



“La Iglesia sigue viva y Dios sigue llamando”

Entrevistamos a Miguel Moreno, sacerdote recién ordenado

Recibiste la ordenación sacerdotal el 6 de mayo de 2023. ¿Qué ha cambiado desde ese día hasta ahora?

Podría decir que ha cambiado todo, porque, aunque sigo siendo el mismo Miguel, el cardenal sí que nos decía “vais a ser los mismos pero diferentes”. Y es verdad que de repente empiezas a ser un padre para la gente de la parroquia, porque vienen a confesarse contigo, o porque te ven y eres su sacerdote, el sacerdote de la parroquia. Yo creo que la principal novedad es poder celebrar la Santa Misa; tener a Dios entre mis manos, y que, por mis palabras, se haga Dios presente en el altar, eso es verdaderamente increíble. Y segundo, la confesión, el poder confesar. Son las dos cosas en las que más se nota el cambio. Y unido a eso va también la relación con la gente de la parroquia.

¿Cuál ha sido la mayor alegría de estos meses de sacerdote?

Son muchas alegrías. Celebrar la misa cada día es una alegría, porque, aunque un día solo haya cuatro personas en misa, no estamos solos, sino que está toda la creación, está Dios y, además, la misa es por todo el mundo; otras alegrías son confesar a la gente, ya sean adolescentes que igual llevaban sin confesarse desde el día de su comunión, ya sea en la parroquia, cuando viene a confesarse alguien que lleva más tiempo sin confesarse, porque te alegras al ver que Dios va haciendo milagros y sigue obrando en sus vidas; o celebrar la misa en verano con mi familia y que el “monaguillo” fuera mi padre, es muy emocionante, porque ellos fueron quienes me enseñaron a rezar.

¿Cómo es el día a día de un sacerdote? ¿Responde a las expectativas que uno lleva?

Cada día es diferente, porque yo abro la parroquia y se abre el horizonte, en el sentido de que puede pasar cualquier cosa. Lo que no falta nunca es un rato de oración por la mañana y, por la



tarde, la misa, que es lo que me estructura el día, porque me ayuda a darme cuenta de que todo lo que hago, lo hago como sacerdote. Y después, cada día es distinto: unos días hay catequesis, o despacho, o saco tiempo para estudiar, etc. Y respecto a lo segundo, no sólo responde a las expectativas, sino que las supera. Es algo tan grande que, como decía el Cura de Ars, “si el sacerdote entendiera el valor de la misa que celebra, se moriría de amor”. Yo doy gracias a Dios todas las noches por ser sacerdote.

¿Cómo es ser sacerdote con 25 años? Sobre todo, sabiendo que es para siempre...

Para siempre, siempre... Pues el ser tan joven y hablar y predicar a gente que tiene la experiencia de toda una vida me ayuda a darme cuenta de que nunca voy a estar a la altura de ser sacerdote, y por eso le pido al Señor que, si esto es demasiado, lo lleve Él todo. Me acuerdo ahora de lo que dice el profeta Jeremías, “mira, Señor, que no sé hablar, que soy un muchacho, casi un niño, pero ayúdame tú”. Además, me lleva a estar muy agradecido a Dios, por haberle podido decir que sí desde tan pronto, y dar testimonio de que la Iglesia sigue viva y Dios sigue llamando.

¿Qué espera la gente de un sacerdote?

Descubrir en él la paternidad de Dios, y eso es un reto muy grande para nosotros. Por eso intento cada día que sea el señor el que brille por medio de mí, y que sólo Jesús se luzca.



por **José Ríos**

Agradecimientos



¡Gracias, don Carlos!

Que el cuidado de los seminarios y de las vocaciones al sacerdocio tienen una importancia central en la misión de la Iglesia es algo que nuestro arzobispo emérito, el cardenal don Carlos Osoro, ha tenido siempre muy presente y en lo que ha volcado gran parte de su ministerio. El pasado veintiséis de octubre, en el homenaje que le rindió la Universidad Eclesiástica San Dámaso, llegó a afirmar que el seminario había sido “su vida”, algo que nos ha dicho a los seminaristas en distintas ocasiones, en las que nos ha mostrado el gran amor que nos tiene.

Como ejemplo, nos suele contar que siendo Vicario General de la diócesis de Santander, tras llevar cerrado su seminario veinte años, planteó a su obispo, don Juan Antonio del Val, la necesidad de reabrirlo. Al día siguiente, monseñor del Val le dijo que lo reabrirla para el siguiente curso, el año 1977, a condición de que fuera el propio don Carlos su rector, y le pidió elegir al equipo de formadores. Don Carlos accedió y fue su rector durante casi veinte años.

Desde entonces comenzó también a organizar oraciones diocesanas para jóvenes, con un marcado carácter vocacional, que continuó en su ministerio como obispo, primero en Orense, pasando por Oviedo y Valencia, para concluir en Madrid. En nuestra diócesis la oración para los jóvenes, el Adoremus, es el primer viernes de cada mes, y a ella acuden muchos jóvenes de distintas realidades eclesiales. El cardenal José Cobo ha querido conservar esta aportación.

Don Carlos habla siempre con mucho agrado de la cercanía con los jóvenes que le brindaron esta y otras ocasiones, y de la alegría que suponía para él que pudieran encontrarse con el amor



de Dios y con su vocación, muy especialmente la del sacerdocio. A los seminaristas siempre nos ha hablado de la maravilla que es ser sacerdote, y por ello ha querido cuidar siempre esta semilla vocacional.

Don Carlos ha querido reunirse al menos una vez al año con las distintas comunidades del seminario. Cuando venía, primero celebraba con nosotros la Eucaristía y después compartíamos la cena. Yo particularmente recuerdo con mucho agradecimiento la celebración de la Eucaristía que tuvimos en su visita cuando estaba en el curso propedéutico. Me impresionó la unción con la que celebraba, casi sin leer el misal. Ese día tomé conciencia de estar en Misa con un sucesor de los apóstoles.

Los seminaristas que hemos tenido la suerte de coincidir con don Carlos podemos dar testimonio de su enorme cercanía y cariño por nosotros. Su presencia en el seminario ha sido muy frecuente y, además de las visitas a las comunidades, aprovechaba para saludarnos cada vez que venía a esta casa.

Por todo esto y por muchas más cosas le queremos dar las gracias. No dejamos de pedir al Señor por él y nos encomendamos también a su oración, que sabemos, pues nos lo ha contado, que es su principal tarea en la actualidad.



Estimado bienhechor,

TÚ ERES IMPRESCINDIBLE

Pido a diario, en el Rosario, para que los seminaristas sean, en el futuro, sacerdotes santos

Petra Aragón



DONA AQUÍ
91 365 29 41



Etapa Propedeútica



Etapa Discipular A



Etapa Discipular B



Etapa Configuradora Primer año



Etapa Configuradora Segundo año



Etapa Configuradora Tercer año



Etapa Pastoral Primer año



Etapa Pastoral Segundo año